



Franz Kafka
Un Artista del
Trapezio



E LEJANDRIA

UN ARTISTA DEL TRAPECIO

FRANZ KAFKA

1922

ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UN ARTISTA DEL TRAPECIO

FRANZ KAFKA

UN ARTISTA DEL TRAPECIO -este arte, practicado en lo alto de las cúpulas abovedadas de los grandes teatros de variedades, es ciertamente uno de los más difíciles que la humanidad puede alcanzar- había organizado su vida de tal manera que, mientras seguía trabajando en el mismo edificio, no bajaba nunca de su trapecio ni de noche ni de día; al principio sólo por el deseo de perfeccionar su habilidad, pero después porque la costumbre era demasiado fuerte para él.

Todas sus necesidades, muy modestas por cierto, eran satisfechas por relevos de asistentes que vigilaban desde abajo y enviaban hacia arriba y bajaban en contenedores especialmente contruidos para ello lo que él necesitaba. Este modo de vida no causaba ningún inconveniente especial a la gente del teatro, excepto que, cuando había otros turnos en el escenario, el hecho de que estuviera quieto en lo alto, lo cual no podía disimularse, resultaba un poco molesto, así como el hecho de que, aunque en esos momentos se mantenía casi siempre muy quieto, atraía alguna que otra mirada del público.

Sin embargo, la dirección lo pasó por alto, porque era un artista extraordinario y único. Y, por supuesto, reconocían que este modo de vida no era una mera broma, y que sólo así podía mantenerse realmente en constante práctica y su arte en el punto de su perfección.

Además, allí arriba era bastante saludable, y cuando en las estaciones más cálidas del año se abrían las ventanas laterales alrededor de la cúpula del teatro y el sol y el aire fresco entraban irresistiblemente en la oscura bóveda, era incluso hermoso. Es cierto que su vida social era algo limitada; sólo a veces un compañero acróbata subía hacia él por la escalera, y entonces ambos se sentaban en el trapecio, apoyándose a derecha e izquierda en las cuerdas de sujeción, y charlaban, o los obreros que reparaban el tejado intercam-

biaban algunas palabras con él a través de una ventana abierta, o el bombero, que inspeccionaba el alumbrado de emergencia en la galería superior, le decía algo que sonaba respetuoso pero que apenas se podía entender.

Por lo demás, nada perturbaba su reclusión; de vez en cuando, tal vez, algún tramoyista que se paseaba por el teatro vacío de una tarde, miraba pensativo hacia la gran altura del techo, casi fuera del alcance de la vista, donde el trapecista, sin saber que era observado, practicaba su arte o descansaba.

El trapecista podría haber seguido viviendo tranquilamente así, de no ser por los inevitables viajes de un lugar a otro, que le resultaban sumamente agotadores. Por supuesto, su representante se encargaba de que sus sufrimientos no se prolongaran ni un momento más de lo necesario; para los viajes en la ciudad, se utilizaban automóviles de carrera, que lo hacían pasar, de noche si era posible o en las primeras horas de la mañana, por las calles vacías a una velocidad vertiginosa, demasiado lenta, sin embargo, para la impaciencia del trapecista; para los viajes en tren, se reservaba un compartimento entero, en el que el trapecista, como alternativa posible aunque miserable a su modo de vida habitual, podía pasar el tiempo en el portaequipajes; En la siguiente ciudad de su circuito, mucho antes de que él llegara, el trapecio ya estaba colgado en el teatro y todas las puertas que conducían al escenario se abrían de par en par, todos los pasillos se mantenían libres, pero el director no conocía un momento feliz hasta que el trapecista ponía el pie en la escalera de cuerda y en un abrir y cerrar de ojos, por fin, se colgaba en lo alto de su trapecio.

A pesar de tantos viajes organizados con éxito por el director, cada uno de ellos volvía a avergonzarle, pues los viajes, aparte de todo lo demás, ponían de los nervios al artista.

En una ocasión en la que viajaban juntos, el trapecista tumbado en el portaequipajes soñando, el gerente recostado en el asiento de la ventana de enfrente leyendo un libro, el trapecista se dirigió a su compañero en voz baja. El gerente fue inmediatamente toda atención.

El trapecista, mordiéndose los labios, dijo que en el futuro debía tener siempre dos trapecios para su actuación en lugar de uno solo, dos trapecios enfrentados. El director aceptó de inmediato. Pero el trapecista, como si quisiera demostrar que el consentimiento del director contaba tan poco como su negativa, dijo que nunca más actuaría en un solo trapecio, en ninguna circunstancia. La sola idea de que eso pudiera ocurrir le hacía temblar.

El director, tanteando el terreno, volvió a insistir en su total acuerdo; dos trapecios eran mejor que uno, además sería una ventaja tener una segunda barra, se podría introducir más variedad en la actuación. En ese momento, el trapecista rompió a llorar. Profundamente afligido, el director se levantó de un salto y preguntó qué le ocurría, luego, al no obtener respuesta, se subió al asiento y le acarició, mejilla con mejilla, de modo que su propio rostro se vio salpicado por las lágrimas del trapecista.

Sin embargo, fueron necesarias muchas preguntas y cariños tranquilizadores hasta que el trapecista sollozó: "Sólo tengo una barra en mis manos, ¡cómo puedo seguir viviendo!". Esto facilitó el consuelo del director, que prometió enviar un telegrama desde la siguiente estación para que se instalara un segundo trapecio en la primera ciudad de su circuito; se reprochó a sí mismo haber dejado trabajar al artista durante tanto tiempo en un solo trapecio, y le agradeció y elogió calurosamente por haberle hecho notar el error.

Y así consiguió tranquilizar al trapecista, poco a poco, y pudo volver a su rincón. Pero él mismo estaba lejos de tranquilizarse; con profunda inquietud, no dejaba de mirar secretamente al trapecista por encima de su libro.

Una vez que esas ideas empezaban a atormentarle, ¿le dejarían en paz alguna vez? ¿No aumentarían su urgencia? ¿No amenazan su propia existencia? Y, en efecto, el director creyó ver, durante el sueño aparentemente tranquilo que había sucedido al ataque de lágrimas, los primeros surcos de la preocupación grabándose en la frente lisa e infantil del trapecista.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB